

Emma

Munsch

Es difícil ser diferente. Es difícil el tener que ocultar tus gustos para lograr encajar en una sociedad. Es difícil tratar de poner a un lado tus sentimientos de tristeza al ser rechazado. Es difícil limpiarte las heridas de las palabras filosas con las que te han atacado. Pero es aun más difícil el amarse y aceptarse tal y como eres...

El verano pasado trabajé en un campamento en Texas. Decidí ser una *camp counselor* (el equivalente en México sería: consejera del campamento). Implicaba dormir en una cabaña con 12 niñas sumamente diversas. Una de las niñas más peculiares que he conocido en mi vida es Emma. Con tan solo ocho años de edad, Emma tenía una curiosidad indomable, ilimitada; inspeccionaba cada pequeño detalle con fervorosa devoción. Físicamente Emma es alta, de cabello oscuro, corto como hombre (resultado catastrófico de su experimento como estilista), pecas y hermosos ojos cafés. Asistía a todas las actividades del campamento con un libro pegado a su nariz, y se rehusaba a participar en ellas. Tenía una actitud un poco difícil, que le impedía hacer amistades con facilidad.

Emma y yo nos convertimos en grandes amigas basadas en un interés que compartíamos: la literatura. Por las noches, ella batallaba para dormir, por ello, sus *counselors* me buscaban para lograr calmarla (me había convertido en su única fuente de tranquilidad), y yo con gusto lo hacía. Nos íbamos juntas a los columpios y platicábamos acerca de los dioses griegos; esto le fascinaba.

Un día me surgió la idea de imprimirle la biografía de una deidad. Le propuse que si participaba en todas las actividades del campamento, le daría en la noche la hoja impresa de un dios griego, siempre procurando incluir una valiosa lección. Su comportamiento y actitud cambiaron radicalmente. Emma sonreía constantemente y se esforzaba por participar en las actividades, y esto le trajo como beneficio hacer amigas... Ella me confesó con tristeza que jamás había tenido una.

El día que sus padres llegaron a recogerla al campamento, Emma llegó corriendo a mi cabaña a despedirse y me confió: “Pilar *Ma’am*, esto no lo digo muy a menudo, pero... te amo.” Sus padres me agradecieron entre llanto haber cuidado a Emma. Al ver a sus padres tan conmovidos, creí que había sido de la emoción de volver a ver a su pequeña. No sabía lo equivocada que estaba...

Una tarde, Susie *Ma’am* (la dueña del campamento) pidió hablar conmigo en privado. Me citó en su casa, y me comenzó a leer una carta que había sido enviada por unos padres de familia. La carta era triste, narraba la historia de una niña que había sido atormentada toda su niñez por *bullies* en su escuela. Entre varias cosas que le habían hecho: le pegaron el cierre de su mochila con pegamento permanente; en la clase de deportes le robaron su ropa de cambio y tiraron dentro del escusado del baño; y le pusieron varios apodosos insultantes. En octubre del 2013, ella había tratado de ponerle un fin a su vida. Sus padres, desconsolados, buscaron la alternativa de enviarla a un campo de verano, con el objetivo de que desarrollara habilidades para comunicarse con más eficacia, hacer amigas y dejar atrás sus tendencias suicidas.

Los padres concluyen la carta felicitando al campo, y a la *counselor* que logró salvarla. Emma había aprendido a aceptarse y amarse a sí misma.

Mis lágrimas comenzaron a derramarse y mi corazón estalló, no de tristeza sino de lo mucho que había crecido.